EL ORIGEN DE LAS ENFERMEDADES SEGÚN PARACELSO

Para cada enfermedad hay cinco causas posibles, cinco entidades de las que al menos una sirve de origen: la causa astral, la causa venenosa, la causa natural, la causa espiritual y la causa divina. Cada una de estas causas puede producir una enfermedad, hasta el punto de que hay cinco pestes y cinco ictericias; un médico tiene elección entre cinco modelos de tratamiento de una enfermedad, peste o ictericia, según que le parezca determinada por los astros, por el veneno, por la naturaleza, por el espíritu o por Dios.

Para definir la causa astral de las enfermedades, Paracelso combate la medicina astrológica de la Edad Media. Niega que los astros tengan el menor poder sobre el destino y el carácter del hombre. Si no hubiera existido el planeta Marte, dice, Nerón habría sido igualmente cruel; el movimiento de Saturno en cielo es incapaz de prolongar o de abreviar una vida humana: “Los astros, sean planetas, o sean estrellas cualesquiera del firmamento, no forman nada en nuestro cuerpo y no provocan nada en él, en cuanto a color, belleza, costumbres o fuerzas”. Sin embargo, al evolucionar la composición de los astros hacia mejor o hacia peor, al hacerse más dulce o más ácida, cuando es demasiado nociva infecta con su contagio la M, que en consecuencia perturba nuestro medio químico con excesos de sal, de arsénico o de mercurio: “Los mismos astros no pueden ejercer ninguna influencia, sino solamente corromper y contaminar M con su exhalación, la cual nos envenena y aflige a continuación. Si un hombre está dotado de un temperamento, según la sangre natural, opuesto a esta exhalación, se pondrá enfermo. El que no tiene una naturaleza contraria a ella no sufrirá la más pequeña molestia”.

La segunda causa de la enfermedad, la venenosa, depende de la alimentación, aunque sea sana. “Se nos ha dado un cuerpo exento de veneno. Y lo que nosotros le damos como alimento, contiene veneno, que es intrínseco a él… Una cosa que en sí misma no es veneno en absoluto, sino que se convierte en veneno para nosotros”. Es necesario comer y beber para vivir, pero la ingestión de cualquier producto es un riesgo de enfermedad que combate nuestra alquimia fisiológica: “Dentro de nosotros mismos hay un alquimista, puesto por Dios Creador en nuestro cuerpo, con la misión de separar el veneno de la alimentación sana, para que no suframos ningún daño”. Este alquimista vive en nuestro estómago: ahí está el laboratorio en el que lleva a cabo sus transmutaciones. “En todas las cosas, sean las que sean, existen a la vez la esencia y el veneno. La esencia es lo que sustenta al hombre. El veneno, por el contrario, lo que lo destruye y abate mediante enfermedades”. Si el alquimista interno es demasiado débil o se equivoca, se produce la putrefacción y con ella la ruptura del estado de salud. Paracelso muestra así, en el *Traité des malaldies tartareuses*, cómo diversas clases de tártaros provocan desórdenes desde el sarro que se fija en los dientes hasta el que produce los cálculos.

La causa natural de las enfermedades, o tercera entidad morbosa, es todo lo que afecta o estorba al curso normal de los “astros corporales”. Efectivamente, el cuerpo humano posee siete órganos comparables a los siete planetas principales: el celebro es la Luna, el corazón el Sol, el bazo Saturno, los pulmones Mercurio, el estómago Marte, el hígado Júpiter, los riñones Venus. Los astros del microcosmos se comportan unos con otros como los del macrocosmos: así, igual que la luna refleja la luz del sol, el celebro refleja la luz del corazón. Cada órgano tiene su destino bien establecido, su propia revolución; si se extravía y penetra en unas vías que no le están reservadas, se producen enfermedades. Y viceversa, el Sol es el corazón del macrocosmos, la Luna, su cerebro, y los minerales gobernados por cada planeta son benéficos para el órgano correspondiente: “Lo que produce el corazón del macrocosmos reconforta el corazón del hombro, como el oro, la esmeralda, el coral; lo que procede del hígado del macrocosmos reconforta el hígado del hombre”.

La causa espiritual es una potencia procedente del espíritu que maltrata el físico entero: “Donde sufre el espíritu, sufre también el cuerpo”. Paracelso entiende por espíritu, no el alma ni la inteligencia, sino el hombre invisible bajo la apariencia humana visible a la que está unido hasta el punto de actuar sobre ella para bien o para mal. Los espíritus se comunican entre sí a espaldas de los cuerpos; se infligen mutuamente heridas impalpables capaces de enfermarlos. Los hechizos, por otra parte, dependen de esta propiedad del ser interior. Por último, la quinta causa de las enfermedades proviene de Dios y tiene carácter de castigo; en esta categoría, “toda enfermedad es un purgatorio”, un procedimiento de purificación, y el médico sólo puede esperar curarla si termina la prueba prescrita por Dios.